

CERDOS Y PECES

Suplemento de El Porteño N° 18 - Año 2



Desde siempre, una niebla pertinaz ha obnubilado un costado de la inteligencia humana: El misterio de la muerte. No obstante, a lo largo de la historia, palabras tales como "sacrificio", "inmolación" y "heroísmo" han poblado con letras de fuego los léxicos ideológicos y religiosos de la humanidad, confiriendo a la versión gloriosa de ese viaje sin regreso un carácter automáticamente absolutorio y siempre redentor.

El poder y la muerte



Por Ricardo Ragendorfer

En la novela "El Gato pardo", cuya trama se desencadena a partir del desembarco de Garibaldi en Marsala, uno de los personajes, el príncipe Fabrizio Salina, encuentra entre la espesura de algún rincón de sus feudos, el cadáver de un joven soldado borbónico que, luego de ser herido por las escuadras rebeldes, había ido a morir allí, solo, arrodillado y con la cara apoyada en el tronco de un limonero. Ante el impacto de esa imagen, el príncipe reflexiona en voz alta: "Morir por alguien o por algo, está bien, entra en el orden de las cosas; pero conviene saber, o por lo menos estar seguro de que alguien sabe, por quién o por qué se muere".

En la civilización humana, precisamente, el culto a la muerte preside el vértice vibrante de todos los ideales, articulando así un registro constante en los diversos discursos de poder. Ya en las pinturas rupestres halladas en la caverna de Lascaux, que datan del año 13500 antes de Cristo, en donde se ve la silueta de una figura humana que agoniza extendida frente a un bisonete, a su vez, con las entrañas desgarradas por obra de un lanzazo, expresa, de manera muy temprana, el notable vínculo existente entre la muerte y la expiación (la expiación por la muerte de los animales matados en la caza era obligatoria para muchas

tribus de cazadores). Con el correr de los siglos, aunque cambiando sucesivamente el objeto de la culpa, la expiación ha sido una constante en la conducta de la especie humana.

Desde los sacrificios rituales de la antigüedad, hasta el siniestro "viva la muerte" de los falangistas españoles; desde el pacto suicida de los guerreros medievales japoneses, hasta la imagen del papa Pío XII bendiciendo las bombas de Mussolini, la conciencia de la historia parece girar en torno de un presunto dominio y control de (y sobre) la muerte que, paradójicamente, es el hecho más temido y desconocido por la razón humana en su conjunto.

Pero, en el hombre, la muerte es desconocida aun con su conocimiento. Sucede que, en apariencia, el ser humano constituye la única especie viviente que tiene "conciencia de muerte", vale decir, es el único animal que sabe que va a morir, aunque —claro— jamás hemos hablado con ningún animal. Sin embargo, frente a un congénere muerto, la conducta de un mono expresa indiferencia, en tanto que los ejemplares más primitivos y remotos de la especie humana, enterrando el cadáver de los suyos, lo hacían con un cuidado supersticioso, que revelaba al mismo tiempo el respeto y el miedo.

El ser humano necesita de parteras, no sólo para nacer, sino también para morir. En ese sentido, mediante el funcionamiento de una surtida gama de dogmas y creencias, los hombres van creando las condiciones subjetivas de su propio deceso. Pero la muerte no es más que un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida. Todo esa abigarrada confusión de actos, omisiones, arrepentimientos y tentativas que es cada vida en particular, encuentra en la muerte, no ya sentido o explicación, sino

fin. Frente al hecho de la muerte, la vida se inmoviliza y se congela. Antes de hundirse en la nada, la vida se vuelve inmutable: ya no cambiaremos más que para desaparecer.

El corazón de las tinieblas

Con respecto a la muerte, las concepciones han variado de civilización en civilización. Para las culturas que habitaban América antes de la llegada de los españoles, la muerte no era el fin natural de la vida, sino la nueva fase de un ciclo infinito: Vida, muerte y resurrección, eran las etapas integrantes de un mismo proceso cósmico. Para los aztecas, la vida no desembocaba en su opuesto complementario, sino que continuaba, para fundirse en el aire, en la tierra o en el fuego, es decir, convertida en un nuevo tipo de sustancia animadora del universo.

En ese marco, el rasgo más característico de esa concepción es el sentido impersonal del sacrificio. Los aztecas no creían que su muerte les pertenecía; de la misma manera, jamás pensaron que su vida fuera realmente suya. Todo estaba previamente trazado por los dioses, con sus coordenadas y variables. Por eso, en última instancia, la muerte azteca representaba la garantía de salud del cosmos, y no la posibilidad de una salvación ultraterrena, como dan a entender las religiones occidentales.

Una situación radicalmente opuesta plantea el concepto vertido por una amplia franja del pensamiento occidental, que abarca desde la filosofía aristotélica hasta la teología católica. En contraposición al colectivismo que regía la vida (y la muerte) de los antiguos aztecas, la civilización judeo-cristiana presenta a la redención como resultado de una obra personal. Según

esa línea de pensamiento: "el mundo está condenado de antemano y la muerte de Cristo salva a cada hombre en particular". Para los católicos, la muerte es un viaje con escalas intermedias (Purgatorio, etc.), es decir, una travesía entre dos mundos: el temporal y el ultraterreno.

Sin embargo, entre esas diferentes actitudes culturales sobre la vida y la muerte, por más opuestas que parezcan, hay un denominador común: la vida ya sea colectiva o individual, abre sus brazos a la perspectiva de una nueva vida después de la muerte. Entonces, la vida sólo se justifica y trasciende cuando se realiza en la muerte, ya que ésta garantizaría la materialización de una nueva vida.

Con el correr de los siglos, se han ido diluyendo gradualmente las apetencias humanas por las míticas vestiduras ultraterrenas de la muerte. Su presencia, en la actualidad, lejos de tener alguna significación ulterior, representa simplemente el fin inevitable de un proceso natural. En un mundo de hechos, la muerte no es nada más que un hecho más. Pero como hecho, es un hecho sumamente embarazoso, ya que pone en tela de juicio buena parte del conocimiento sobre el sentido de la vida y, como efecto de esa situación, la idiosincrasia del progreso pretende escamotearnos su presencia.

La muerte moderna

En el mundo actual todo se desenvuelve y funciona como si la muerte no existiera. Desde los discursos políticos, hasta la publicidad, pasando por la moral pública, la educación y el carácter "estirativo" de la medicina, todo la suprime. Sin embargo, no como puerto intermedio, sino como un gran abismo oscuro y vacío, la muerte habita todo lo que emprenden

CERDOS Y PECES

den los hombres. Tal es así que el siglo del progreso, la puericultura y los trasplantes milagrosos, es también el siglo del exterminio masivo, los campos de concentración, los misiles atómicos y los estados policiales.

En nombre de las causas más diversas, como una expansión territorial, la revolu-

ción, una guerra santa, la restauración del orden o la recuperación de un archipiélago, la sociedad moderna acostumbra a enviar a sus hijos a morir en virtud de esos ideales. Allí, precisamente, vuelve a aflorar el tema de la muerte, pero esta vez en forma de discursos, juramentaciones y procla-

mas. A partir de entonces, el hecho diluido y silenciado de la muerte vuelve a tener un sentido ulterior de trascendencia, pero esta vez, justificada en aras de una "necesidad general": Morir por el hipotético bienestar de generaciones futuras.

Al estallido de la Primera Guerra Mundial se llega en

pleno clima de exaltación patriótica y militarista. Cabe destacar que nunca ha habido una guerra que despertara tan insensatos entusiasmos populares como la del '14. En esa oportunidad, las masas respondieron con tanto fervor al llamamiento de las élites, como si se tratara de una convocatoria para ir de vacaciones. Cuando terminó el conflicto bélico, y cuando Europa se aprestaba a resurgir en medio de cadáveres, viudas y escombros, los jóvenes de entonces buscaron urgentes "fórmulas para vivir". Para toda esa generación, la sociedad humana y la vida pueden ser absurdas pero, de ahí en más, procurarían nunca más ser tentados por el horizonte limitado de una muerte sin sentido.

En ese entonces, el poeta surrealista Philippe Soupault escribió: "Aquellos que en su primera juventud no fueron testigos más que de muerte y destrucción, aquellos que sobrevivieron al cataclismo de la estupidez (que parecía no terminar nunca), se volvieron hacia la vida con una especie de fiebre. Mi generación quería vivir a toda costa... Siempre hacíamos distinción entre las personas que conocíamos, diciendo que fulano estaba 'vivo' y mengano 'muerto'."

Mal que bien, aunque se la convoque o se trate de espantar, la muerte llega al lugar preciso, en el momento adecuado. Y cada muerte tiene el sentido que tuvo esa vida. Muerte honorable (si las hay) o muerte de perro, son maneras de morir que no reflejan otra cosa que maneras de vivir. "Cuando el guerrero llega al borde del abismo de la muerte —dice un antiquísimo códice del pensamiento zen—, salta en posición de combate; el artista, dibujando un paso de baile; el héroe, enardecido; el tonto, trastabilla y cae... pero todos van al mismo lugar".





Fernando Valli

“PASEN SEÑORES Y VEAN UN POQUITO DE LA MISERIA. SÓLO UN POQUITO. LLEGAMOS BÚSCANDO HISTORIAS PICARESCAS, LA REALIDAD NOS ARRASTRO DE LOS PELOS HASTA LA MISERIA Y EL DESAMPARO TOTAL DE LA GENTE OLVIDADA. PASEN SEÑORES Y VEAN ALGUNOS EJEMPLARES SIN FANTASÍA DE LA ISLA PODRIDA”.

UNA EXCURSION A LA ISLA MACIEL

Por Daniel Soria

“Acá son todos extranjeros”

La isla Maciel estaba rodeada por las claras aguas del Riachuelo hasta que el continente y el progreso la fagocitaron, borrando para siempre sus límites naturales, rellenando uno de los brazos con tierra, escombros y cadáveres de animales.

“Ahora uno le llama isla Maciel —dice el Gallego—, pero usted da vueltas y es

como si nada”. El Gallego llegó a la isla allá por el año '30 y hoy es propietario de un quiosco, apenas uno cruza el río podrido.

El Gallego tose, fuma un cigarro gigante y habla mucho. Está contento de poder contar “la historia que recuerda”. Mientras uno se pregunta si vale la pena, si en verdad habrá una “historia”.

Unos minutos antes de hablar con él, habíamos encontrado a Juan, que trabaja lustrando zapatos cerca de

los botes. Juan se pone duro y se tapa la cara cuando queremos sacarle una foto. Poco tiempo atrás, unos visitantes de la televisión le habían prometido pagarle por los testimonios que dio. “No vinieron nunca más —dice Juan, muy enojado—. El otro día también vino un pibe con una cámara y me tuvo dos horas sacando fotos. Me dijo que me traería copias pero también se borró”.

Todos llegan a la isla intentando arrancar un secreto. A veces ella lo deja esca-

par. Los turistas, los periodistas, la policía, los que llegan a morder la carne de las putas, todos quieren llevarse algo, un “souvenir” típico. Nadie trae, nadie se queda.

El Gallego se va en protestas contra los chorros. Antes en la isla “no pasaba nada”. Todo empieza cuando “llegó ese Perón famoso, que trajo a toda esa negrada, gente incivilizada. Ellos vivían en el campo como cerdos. Acá son todos extranjeros, gente de las provincias. Vaya y

vea cómo viven todos apilados; el cagadero acá y al lado del comedero. Viven como animales. Llegaron y arrasaron con todo”.

“Somos olvidados: la gente mala”

Entramos en la villa y todo parece coincidir con la descripción del Gallego. Los hijos de los “extranjeros” correteando en el barro heñado, las “casas” de arquitectura anárquica; basura, barro y frío. Las personas nos observan con recelo. ¿En dónde buscar la historia? Me acerco a una puta que espera paciente a un cliente indeciso y me cierra de un portazo la posibilidad de seguir preguntando. Alguien dice que un tal Enrique sabe bastantes historias de la isla. Lo encuentro metido en una casucha llena de bolsas de carbón. “Hace tres años que tenemos agua —dice una vecina— y la tenemos gracias a él”.

Enrique no quiere hablar sobre eso. “Usted quiere una historia —pregunta Enrique—; ahí tiene una: a esa gente se le quemó la casa esta mañana”. En el acto se pone a gritar, llama a unas personas que están a unos pasos. En instantes esos “incivilizados” nos rodean, comienzan a hablar en desorden. Las voces se confunden. Trataron de conseguir un poco de madera para construir una casa nueva para esta familia, no pudieron.

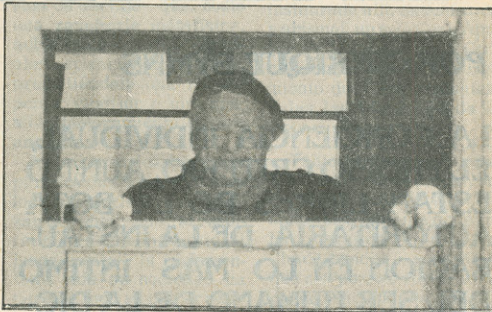
“Fuimos a pedirle al Astillero la Alianza, ellos la quemaron”, dice alguien. “Yo fui esta mañana y hablé con el señor Moreira, uno de los jefes —nos cuenta Roque—. Le pedí la madera y él me dijo que ahora no porque se tenía que ir al médico, que volviera mañana. Nosotros la necesitábamos ahora. Esta familia va a pasar la noche a la intemperie y esa madera está ahí tirada para ser

quemada, sólo hay que cruzar el campito y juntarla”.

Alguien ha ubicado a la familia que perdió la casa. Desde el montón sale una chica bajita, no debe tener más de 20 años, lleva una nena en brazos, un pibe se le prende de los pantalones y nos mira. “A eso de las 10 de la mañana se me empezó a prender fuego la casa —dice Isabel Aquino—. El chico mío estaba jugando con un fósforo, parece, y se prendió un nylon. Apenas pude sacarla a la nena que ya estaba en el medio del fuego, salí de la casa y no pude hacer más nada. Perdí todo y la ropa que tengo puesta ahora me la dio la vecina”.

El marido de Isabel estaba trabajando en una obra en construcción cuando le avisaron. “Lo primero que pensé es que salven a los chicos —dice Ramón Sánchez, obrero, 26 años—. Después fui a la Municipalidad y a los bomberos para que me den un certificado. En la Municipalidad dicen que nos pueden ayudar un poquito: un colchón y una camita para ir tirando hasta que me pueda comprar todo de nuevo. Con lo que saco en la obra ya nunca voy a poder recuperar todo”. La casa estaba íntegramente forrada en nylon para que el frío no entrara en la noche. El antidoto se convirtió en veneno para la familia Sánchez.

Según nos explican los vecinos, las empresas quieren que los villeros se vayan y les niegan toda ayuda que signifique que puedan afirmarse en el terreno que pisan. Habían hecho denuncias contra el Astillero La Alianza sobre las quemadas de basura en un terreno lindante. “Ardía todo el pastizal y las mujeres tenían que estar con la manguera y trapos mojados para que no se les quemaran las casas y cuidando que los chicos no pasen y se quemen vivos allí”, comenta una vecina indignada. Fue el mismo señor



Moreira con quien tuvieron que tratar para acabar con las quemadas grandes, él los hizo ir una y otra vez. “Toda la vida a la gente de la villa nos trataron como lo peor —dice Miguel, desocupado, seis hijos—. Acá hay gente buena. Yo hace 17 años que me planté y lo que tengo lo gané con trabajo. El gobierno de Avellaneda tiene que darnos una ayuda. Somos olvidados: la gente mala”.

En la sociedad de fomento “Mariano Moreno” encontramos a Adriana, que es agente PAN en la zona, ella nos dijo: “Esta gente necesita más ayuda policial para combatir los asaltos. Los problemas de casa, baños insalubres son de años y años. El PAN atiende a 1.600 familias, casi 6.000 personas”. El PAN ayuda “pero

nosotros lo que necesitamos es trabajo —dice Miguel—. Yo trabajé 8 años en el frigorífico El Cóndor y me despidieron junto con 360 compañeros, que son en realidad 360 familias que están en la calle”.

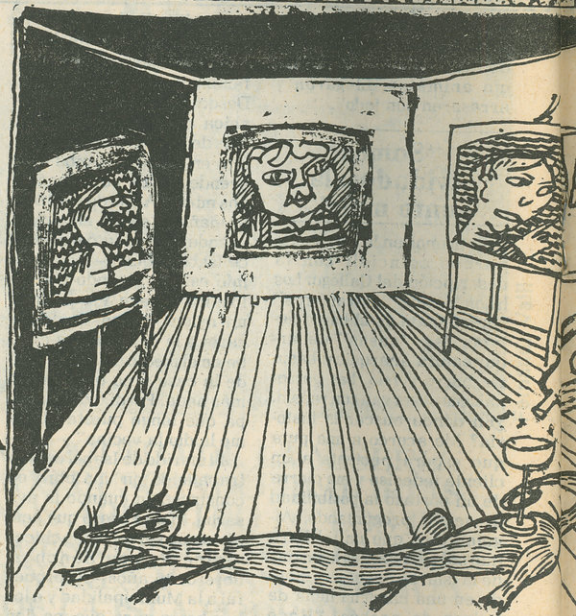
Del lado de acá

Sólo quería una historia excitante y conseguí “sólo una historia” que por otra parte es la de siempre. A mí tampoco me alcanza la plata. Nuestra casa se quema todos los días. Las ideas no se matan, se compran. Cuando salía de la sociedad de fomento me di cuenta que había olvidado preguntar el nombre de la villa. Se llama Villa Tranquila —me dice Miguel—. “¿Parece joda no?”.

EL EXQUISITO SABOR DE LA GINEBRA

POR: ENRIQUE SYMNS

LA CONCIENCIA INDIVIDUAL, EL PROPIO CRITERIO, AUN NO ESTAN LIBRES DE LA BOTA AUTORITARIA, DE LA INSTAURACION EN LO MAS INTIMO DEL SER HUMANO DE LA DICTADURA DE LOS MANDATOS DE LA AUTORIDAD SACROSANTA. LAS IDEOLOGIAS, LAS RELIGIONES, LOS DOGMAS DOCTRINARIOS Y LOS MODELOS DE CONDUCTAS QUE LLAMAMOS IDENTIDAD SE ALIAN CONTRA LA LIBRE FLUENCIA DE LOS SUEÑOS CREADORES. LA VOLUNTAD ES UN BADAJO EN UNA CAMPANA QUE NOS DESPIERTA Y ENCAMINA, TEMBLANDO DE MIEDO, HACIA NOSOTROS MISMOS.



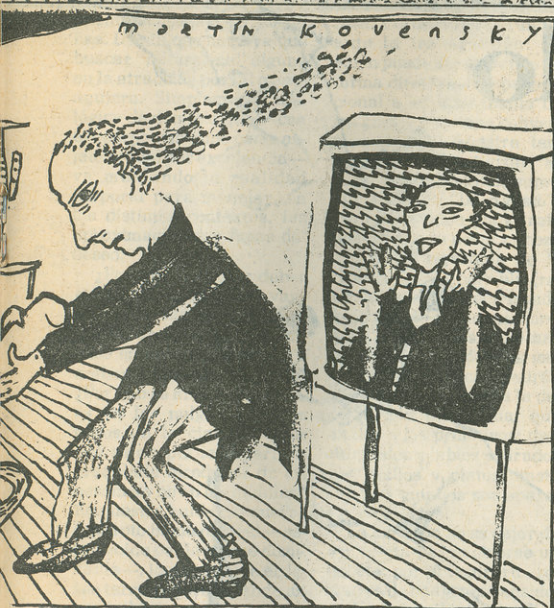
El Autoritarismo, peligrosa enfermedad con cierto consenso social de rechazo, es en realidad, nada más que un grave síntoma de una enfermedad menos reconocida como tal: la autoridad.

La autoridad es sustentada ideológicamente desde una supuesta delegación del poder por parte de ciertas mayorías hacia ciertas minorías, las que alimentan la pulsión al sometimiento disciplinario —disciplina militar, partidaria, escolar, etc.— y al acatamiento de las normas establecidas arbitrariamente (la Constitución Nacional, como cualquier otra regla de juego social, nunca es debatida generacionalmente).

Los criterios por los cuales se confiere autoridad a determinados individuos, sectores o sistemas de pensamiento, nunca son claramente explicitados y el cuestionamiento de esos mismos criterios puede ser considerado subversivo o "no regla-

mentario". ¿Cuál puede haber sido el criterio para que, por ejemplo, un astuto (o estúpido, para el caso es lo mismo) periodista pueda utilizar un medio de comunicación masivo como es la televisión para "bajar línea" descaradamente sobre las ideas que se le ocurren a su alucinada cabecita? ¿Quién le ha conferido autoridad a un policía —como supuesto servidor público— para pedirnos documentos, gran símbolo de nuestra identidad personal? ¿Al ministro que adopta medidas que contrarian nuestro instinto comunitario, o al profesional que decide nuestra internación, o al maestro que nos obliga a memorizar los mandatos que él, audazmente, llama conocimientos?

En realidad, la autoridad aparentemente sostenida en la necesidad de mantener un cierto orden público, es una poderosa arma para invalidar nuestra voluntad y despojarnos de nuestro único atributo humano: la capacidad de elegir.



Sentido, deber, consenso: la militancia de la identidad

Nacemos, entonces, sobre la cinta sinfín de envasar salchichas humanas. La familia armará el corralito mental dentro del cual podremos "jugar a pensar"; los maestros nos obligarán luego a seguir jugando con los complicados chiches que la cultura ha creado: los desopilantes rompecabezas de la Historia, o el Cuento de Hadas de la Educación Democrática. Seguiremos jugando a los soldaditos en el Servicio Militar, mientras terminan, a través de la violencia, de uniformar nuestros criterios, deseos, estados de ánimo y vocaciones. Ya somos una salchicha comestible; quizá con algún defecto de fábrica o de envase, pero lista para ser distribuida en los circuitos de consumo que se llaman empleos, hogares, familias, bares, cines, etc.

El esquema social muestra una eficaz distribución de la autoridad, condicionando la empanada convivencial con estratégica proporcionalidad culinaria y de acuerdo a roles y funciones diferentes. Así el Padre tiene poder sobre el Hijo, el Enfermero sobre el Enfermo, el Adulto sobre el Menor, el Psiquiatra sobre el Paciente, el Maestro sobre el Alumno, el Sabio sobre el Ignorante, el Audaz sobre el Timido, el Soldado sobre el Civil, el Macho sobre la Hembra, el Emisor sobre el Receptor y así infinitamente sobre distintas bandas y frecuencias; siguiendo un laberíntico recorrido piramidal en donde cada Dominador situacional se convierte en Dominado de otra alternativa.

Hacia adentro, el laberinto conduce a un dispositivo de poder colocado en la interioridad de cada individuo que a) instaura una "descripción del mundo" fijada en pautas morales, más que en reflexiones obti-

das desde la observación y que se expresa en un lenguaje autoritario que obliga a las cosas, no a ser como son y aparecen, sino como "se dice que son y aparecen". Las ideologías y doctrinas son la aberración mayor de esta instauración moral imaginaria; b) genera un contradictorio mandato de comportamiento que, para poder sostenerse, obliga a la *militancia de la identidad*, por la cual un hombre jura ser él mismo en todo momento y en toda acción y, al mismo tiempo, obliga a quienes lo rodean a ser *ellos mismos* para que a su vez lo obliguen a él a no abandonar su militancia; c) crea la "ilusión de sentido" que, como una zanahoria metafísica, actúa como espejo de sus reales aspiraciones y deseos, prometiéndole una recompensa superior o un imposible mejoramiento de sus angustias.

Tal como en los modernos partidos de fútbol, en donde los comentaristas no se cansan de repetir que "el resultado importa más que el juego bonito": la reglamentada vida en sociedad ha perdido todo su placer existencial imponiendo un estilo de juego basado en el **sentido** (resultado o score), el **deber** (jugar en equipo o para el equipo) y el **consenso** (éxito de taquilla). Nadie que esté en su sano juicio, aquí o en Dinamarca, puede decir que este juego es divertido ni que se aprende nada de él ni mucho menos que "sirva para algo", excepto para que el tiempo siga pasando y los siglos vean siempre los estadios llenos en donde el Espíritu Humano es derrotado ampliamente por el mediocre estilo Bilardo del equipo contrario (la Sociedad).

El ataque a la voluntad

La única hormiga divertida de un hormiguero, la única

que vale la pena de ser observada, es aquella que se sale de los recorridos rutinarios del resto. De existir dioses que nos observaran navegando en este océano de palabras que es la historia humana, vería esa decomunal lucha de discursos que va moviendo la especie en una continua exploración de un instante eterno e incomprensible. No habría nada divertido de contemplar. La palabra del hombre va explorando el hueco de su propio reflejo, tratando de crear: dicen, dicen: tratando de crear; designan fantasías tratando de convertir las cosas. Pero el hueco, el mismo vacío estuvo instaurado allí, amenazante y abismal: un solo Gran Apagón de la ciudad de la Conciencia permitiría el surgimiento del Caos arrasando todas las fortalezas de lo mental.

Tanto las hormigas como los hombres o los dioses, bucean continuamente en ese misterioso instante del existir buscando los que nos "hace buscar", esperando que sea posible seguir esperando, haciendo lo que hay que hacer hasta que en la construcción que realizan se encuentren hechos a sí mismos.

La voluntad, ese verdadero e inexpugnable misterio, es más poderosa que la autoridad y para afirmar esto tengo una prueba irrefutable que presentar: recuerdo el primer día que me hice la rata al colegio, recuerdo el esfuerzo que me costó vencer el peso de las amenazas, las culpas y los posibles riesgos. Recuerdo el placer maravilloso que me depaó tomar ginebra con un borracho y descubrir a Sartre en ese bar. Al año siguiente abandoné los estudios y jamás pisé una escuela. Por supuesto lo del maravilloso placer no iba por Sartre, sino por el exquisito sabor de la ginebra.

Perforando la belleza

Por Osvaldo Baigorria

Fornicar con un agujero en la pared puede no ser muy lindo, pero, ¿quién dijo que el deseo sólo se moviliza ante la belleza?

Nuestro gusto por la norma nos hace olvidar que hay otra belleza fuera del buen gusto.



George Grosz - 1914

Un lugar bastante concurrido en ciertos saunas promiscuos de grandes ciudades del mundo es, justamente, la pared con agujeros. En ella se distribuyen varias perforaciones— a diferentes alturas y de diversos diámetros— donde los clientes, de sexo masculino, introducen sus genitales y dejan que alguien se los masturbe o chupe del otro; y también hay permiso, por supuesto, para pasarse al otro lado. Ojos que no ven, relación que se despersonaliza; y ya no se nota la diferencia si esa boca invisible pertenece a la chica de la foto que uno reproduce en sus fantasías, o a un anciano agrietado y desdentado que se prende con fruición al genital que atraviesa la pared. En todo caso, habría significativas diferencias si aquel último sabe hacer la fellatio mejor que la chica de la foto—lo cual es una posibilidad, teniendo en cuenta la expe-

riencia que dan los años y la falta de dientes.

Parece que el roce del glande contra una superficie tibia y maleable, o la fricción de una materia firme contra el clítoris, constituyen algo así como excitantes "naturales"; sin embargo, las imágenes que acompañan esos movimientos son provistas por la cultura en que uno crece. Y aquí es donde el mandato es para que los pelos aparezcan en el lugar adecuado (nunca bajo las axilas de la mujer, jamás en la punta de las verrugas de nadie), para que los músculos puedan tensar la piel y sobresalir lo suficiente en ciertos sitios, para que el peso sea controlado por una dieta correcta y el rostro desfigurado mediante cortes, depilaciones, afeitadas y tinturas que habrán de distribuir pelo y

facciones de acuerdo a un modelo.

La idea de que existe una belleza "física"—más allá del dominio del arte— parece servir, entre los humanos, para que ciertos penes se introduzcan en ciertas vaginas y así se cumpla el mandato de reproducción sobre el que se levanta todo el dispositivo de sexualidad. No sé cómo será realmente entre los demás animales (parece que allí no importa mucho si uno es más chico, más renco, más jorobado que otro), pero, entre nosotros, los genitales vienen cargados de signos; es decir, vienen forrados en plumajes especiales. Todo el que haya pasado por una playa donde se admiten desnudos, sabe que el deseo puede retraerse ante la ausencia de cier-

tos signos. Sin la miniaturización de la bikini, no hay nalga alguna que mostrar. Y para enervar el deseo, el cuerpo es cubierto, realzado, degradado, coloreado, oscurecido y recortado de acuerdo a la cultura. Hay unas pocas diferencias entre perforar la oreja para pasar el alambre de un aro y perforar la nariz para alojar un hueso.

Estética de la mutilación

Toda belleza es una forma de mutilación. Siempre hay algo para ocultar, para arrancar, para extirpar. Uñas, vello, labios, pechos, cintura, pies y manos se ponen al servicio de los instrumentos de disciplina: tijeras, hojas de acero, lápiz labial, corpiños, fajas, tacos altos, miriñaques y hasta los calzados de ajuste con que los chinos impedían el creci-

miento de los pies de sus niñas. De allí que no haya que buscar "naturaleza" alguna en la atracción por tal o cual agujero. Simplemente una lógica de dominio que —con el cuerpo femenino como objeto sexual por excelencia— va mutilando la realidad corporal para manejar, en los distintos contextos, las aproximaciones y fugas del deseo.

¿Por qué los pelos deben excitar alrededor de la vagina y no en las piernas? ¿Por qué las arrugas tendrán permiso en los testículos y no a ambos lados de los ojos? ¿Por qué se alienta la gordura de las nalgas y no los rollos de la cintura? ¿Por qué se acepta la superficie granulada alrededor de los pezones y no en las mejillas? En nuestra huida del cuerpo concreto hacia el ideal —establecido por la norma dominante—, logramos que el deseo termine persiguiendo un imposible: aquella imagen que nos excita desde la fantasía o desde la foto es luego desfigurada por la realidad de los desarreglos (olores, verrugas, tumores y mutilaciones verdaderas).

Lo cual no significa que los desarreglos no tengan sus admiradores: se admite la excitación ante las cicatrices de cesárea o de apendicitis (las fotos póstum de Marilyn Monroe mostraron la sensual costura de una operación); se considera legítimo el interés por las ondulantes deformidades que rodean la cabeza de un pene circunciso. Pero más allá, se descalifica y excluye a todo interés por un cuerpo que no se ajuste a la forma imperante de belleza.

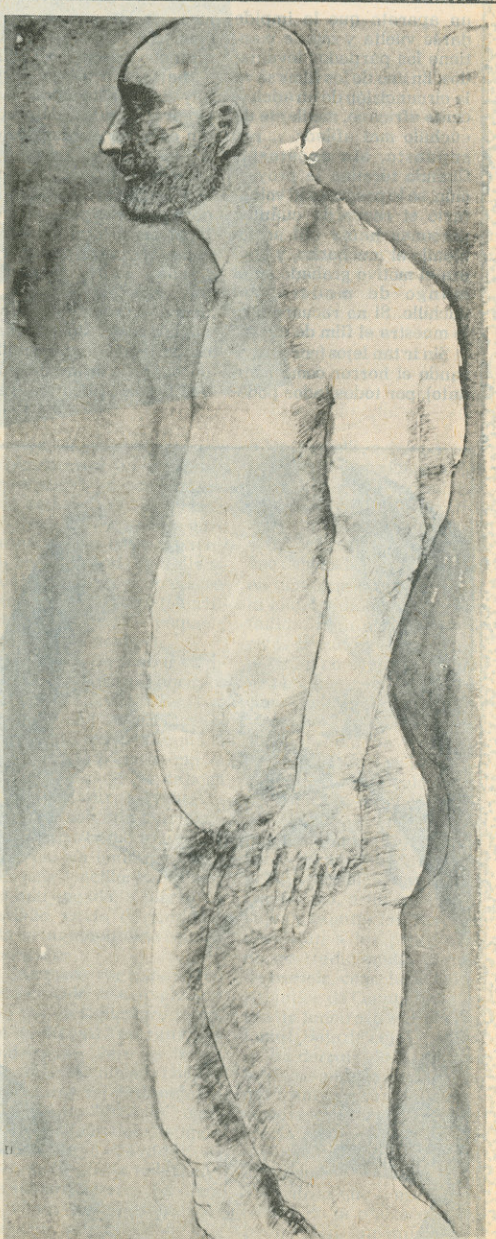
Como lo ha mostrado Bataille, en realidad el deseo y la belleza establecen una serie de puntos de conflicto. Allí está el placer de encastrar la superficie de una piel que se piensa immaculada, arrojándole una sustancia (semen, pis o caca) que puede teñir con una marca inconfundible su pu-

reza. Y el deseo que se incita ante la transgresión: alguien puede ser atractivo en forma directamente proporcional a su alejamiento de los gustos y normas convencionales. Por nuestra tendencia a normativizar, se hace bastante difícil suprimir la idea del "buen gusto". Pero la estética punk trató justamente de poner cabeza abajo esa jerarquía de lo bello sobre lo horrible (rapando cabezas, electrizando los pelos de punta, agujereando la piel en los sitios más inusuales). Y próximas modalidades estéticas podrán avanzar (o retomar) a la deformación intencional que excita a los primitivos: desde cuellos y labios estirados por anillos y platos, hasta cráneos guiados por aparatos de presión.

La cuestión no es dejar de ser esteta para volverse un asceta; por el contrario, rodearse de imágenes consideradas horripilantes implica encontrar atractivos ciertos detalles que normalmente uno hubiera pasado por alto. Cuestionar la belleza dominante no significa necesariamente una pérdida de la sensibilidad, sino ampliar la capacidad de encontrar la belleza en todas partes. Abolir la norma para desparramar democráticamente la atracción por todos los cuerpos; dejar de jerarquizar ciertas hendiduras, dejar de privilegiar ciertas protuberancias, dejar de clasificar ciertas mutilaciones: todo puede ser hermoso.

¿El horror como mandato?

De hecho, todo aquello que miramos por un largo rato al final le vamos a descubrir un costado más o menos interesante. En un laboratorio neuropsiquiátrico de San Diego, USA, un voluntario participa en un experimento en el cual se le muestran films de horror, con la cabeza sostenida por



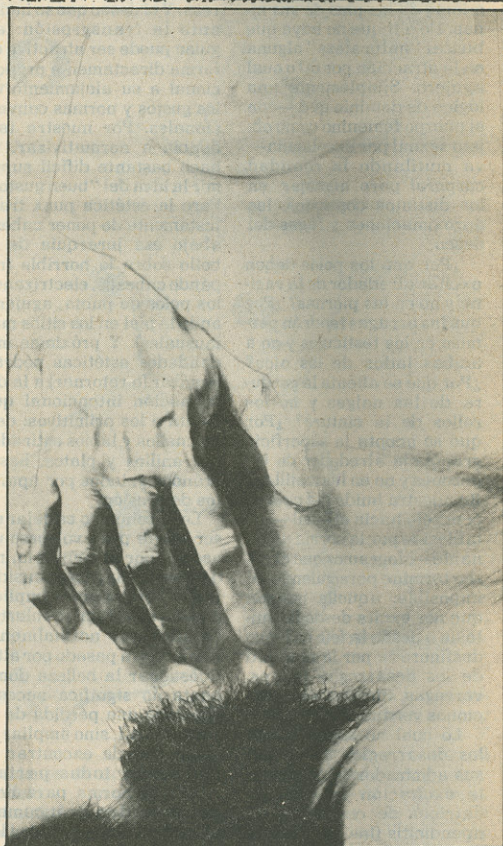
Leonard Baskin - 1975

CERDOS Y PECES

un aparato que le impide darse vuelta y que le mantiene los párpados levantados. En uno de los films se ve la circuncisión de un adolescente africano, mediante un cuchillo mal afilado, por supuesto, sin anestesia. Cuando termina la proyección, se le pregunta al voluntario si recuerda cuántas personas había allí sosteniendo al muchacho, y cuál era el motivo grabado en el mango de madera del cuchillo. Si no recuerda, se le muestra el film de nuevo.

Sin ir tan lejos (normativizando el horror como mandato), por todos lados pode-

mos ver los signos que se oponen a la belleza mutiladora con que se nos tortura a diario. Por todas partes hay cuerpos llagados, envejecidos, lisiados, deformes, tan eróticos y sensuales como los cuerpos sin mácula de un ideal imposible. Hasta ese agujerito tan delicado del ano puede ponerse a defecar de la forma más prosaica. Ese cuello puede arrugarse, esos músculos pueden aflojarse y esa columna, encorvarse. Basta de engañarnos con imágenes de perfección: una genuina pornografía de mutilaciones y deformidades será



Jean Ipousteguy - 1973

siempre más revulsiva frente al poder, al difundir imágenes que fijan nuevos puntos de apoyo (otras fantasías) para el deseo.

Y tampoco esto significa que uno simplemente respete el derecho de alguna minoría a sentirse atraída por lo que el resto de la sociedad considera horrible. La cosa va más allá; porque lo que hoy creemos aberrante, mañana puede calentarnos la piel. Explorando con la lengua esas encías sin dientes, descubriendo el sabor de las verrugas más ocultas, imaginando cómo se hace el amor con los muñones de las

extremidades cercenadas, acariciando las superficies rugosas tanto como las tersas, de alguna manera, nos ponemos en contacto con lo que somos o lo que podemos llegar a ser.

Al suprimir la belleza como sistema de clasificación del cuerpo, lo único que queda es la excitación —desparramada horizontalmente— de una piel restregándose contra otra. Dos pieles que hoy están separadas por toda una pared de fantasías y que, para encontrarse, sólo necesitarán un agujero en la pared.

BRASIL: LA EXPLOSION DE LOS TRAVESTIS

POR NESTOR PERLONGHER

Una teta de descomunal prestancia, circuida apenas por un echarpe de tul lila, se refriega en la ventanilla de un automóvil **Passat**. El avisado conductor, avieso, baja el vidrio del coche y engancha el pezón fosforescente, para mejor lamerlo con una lengua baboseante. La escena, por sorprendente que parezca, es cotidiana en las noches del centro de San Pablo, y en general de las **Bocas** (versión local del bajo porteño) de las grandes ciudades brasileñas. El atrevido travesti no está solo (ni sola): se desliza, acechante, entre una multitud de compañeras, una más extravagante que la otra. Una, rubia despampanante, ornada sólo por un zorro de piel que le baja del cuello y se le enrieda entre las piernas (cubriendo estrictamente el lugar —¿vacío?— del bulto), abre las exageradas nalgas tamaño familiar recostada a cuatro patas contra un guardabarros. La otra, se ha venido de bombacha (de esas grandes bombachas de mujer, que recuerdan las trusas del 50) y simula pedorrear con la boca en forma de

corazón, chirriante y estridente. La tercera, ataviase con una piel de leopardo que le atraviesa en diagonal el torso y le deja al descubierto un seno terso y desbordante. Un verdadero desfile de modas fantásticas, salidas al parecer de una pesadilla de Hyeronimus Bosch o de un folletín de sexualidad surrealista (por eso el surrealismo no prendió en el Brasil; no hacía falta, éste es un país surrealista): muestrario de modas delirantes, marcan, en su ampuloso derrengar, el acceso (envaselinado) a un paraíso diabólico, a un abismo de goces infernales.

El acceso a esos cachetes inflados como caucho (ninguna metáfora: ellas se inyectan silicona industrial —originariamente concebido para pegamento de coches— para lucir redondeces más rotundas: después de un tiempo, la silicona se les desparrama, los cachetes descienden, a la altura del muslo o de la pera, dándoles un cariz horroroso), cuesta unos cuantos miles de cruzeiros, el equivalente de diez o quince dólares. Pero el precio no se detiene en el fruir de los billetes, ni en el rasgar de las la-

piceras en los cheques (cuya circulación es aquí democrática): se paga el precio de asomarse al abismo, al riesgo, al peligro, en fin, a la zona límite entre el goce y la muerte donde Bataille situaba el sexo como transgresión, como **potlatch** (sacrificio ritual), como "pequeña muerte" (el **acabar**).

El precio de acabar es internarse en esos laberintos de senos engominados, que ocultan, con su ondez, el pene enrollado, disimulado como un fajo para que la emergencia de su cabeza grasienta, entre los tules vaporosos, sea aún más excitante. Acercarse a la aventura es, sin embargo, cada vez más sencillo: los travestis han sacado, a fuerza de estilete, carta de ciudadanía en las tenebrosas noches tropicales.

Es curioso ver como se fue procesando esa explosión del travesti. Siempre hubo, en el Brasil, margaritas andróginas. Pero su irrupción masiva coincide con las rutilancias del **desbunde** (literalmente, "descule": versión brasileña del destape), y constituye, paradójicamente, un efecto indeseado de sus propulsores. En efecto, el hoy desfalleciente movimiento gay brasileño comenzó condenando, en su momento de auge (1979/1981),

a los travestis, a quienes acusaban de dar una imagen "folclórica" del homosexual. Los novedosos gays, queerian, al liberar su sexualidad invisibilizada, desprenderse del prototipo feminoide que los anclaba en una zona a medias entre la mujer ridícula y la mujer fallida. Pero a espaldas de estos cruzados —que ganan la calle, no sólo para manifestaciones reivindicativas, sino también para furiosos **viros** en masa—, la creciente población de travestis (tan grande que se han convertido en un artículo de exportación no tradicional: se les exporta a Francia, donde infestan con sus filosas alharcas los bosques de Boulogne) dio, también, un paso al frente. Así, armados de navajas y gilletes los travestis desalojan a las prostitutas de los tradicionales puntos de **trottoir**, como la Avenida Atlántica de Copacabana en Río de Janeiro, o la **Boca do Luxo** (¿Bajo de Lujo?) paulista. (La derrota de las prostitutas es también certificada por testigos insospechables, como la antropóloga carioca María Dulce Gaspar en su tesis sobre "Garotas de Programa").

Es obvio que a ese crecimiento de la oferta de una femineidad tan inflacionada como "falsa", habrá de corresponder una demanda

deseosa equivalente. ¿Quiénes son, pues, los clientes de los travestis?

Los clientes

Tímidos, a veces atildados, luciendo los vestigios de su normalidad burguesa y casi siempre conyugal (alguna corbata descorrida que se asoma, falaz, del bolsillo del saco), los clientes se reclutan entre la amplia masa de la misma clase media que, públicamente, se escandaliza por las agresivas avanzadas de los andróginos. "Ellas" no se conforman con exhibirse en las zo-

nas malditas del pecado, sino que se expanden a los barrios burgueses: han tomado, por ejemplo, la avenida de acceso a la púdica Universidad de San Pablo, y hacen el amor (cuando no la guerra: las peleas con o entre travestis suelen ser fatales) en los pulcras jardines de las casas de piedra y tejas coloradas.

Estos mismos señores —ejecutivos, profesores, burócratas, técnicos de computación, gerentes de banco— se deslizan, a

contrapelo de su propia moral "for export", por las veredas resbalosas donde los travestis clavan sus zarpas venéreas. El resultado del encame trasciende, muchas veces, el orgasmo, y se recila en el chantaje: ejercerlo es relativamente fácil, no sólo porque la alta posición de los clientes los coloca en seguro riesgo, sino también porque sus amantes subsidiados disponen de métodos contundentes, que ni si-

quiera precisan recurrir al tajeo; les basta, en ocasiones, exhibir, ante los aterrorizados pecuñoburgueses, el brazo cribado de cicatrices —que las fingidas damas se infligen a sí mismas para rehuir, cuando encarceladas— la prepotencia confiscatoria de los guardias.

¿Y qué es lo que buscan, en sus fugas audaces hacia la marginalidad y las emociones fuertes de la chafalonía, estos microcapitalistas? El propio secretario de Seguridad de San Pablo (período 1982/1983) manifiesta su preocupación: "He sabido —declaró a la prensa local— por confidencias de informantes, que los clientes de los travestis buscan el elemento masculino que en ellos hay, no el femenino."

Perversión en la perversión que, según la policía, torna a los incautos más sensibles a la extorsión (dilatados esfínteres que se derriten azudados por el roce equívoco de una teta de banlon).

A consecuencia de esa "confusión", rigen, en el mercado de los travestis, dos precios diferentes: el cliente que quiere ser sodomizado paga comúnmente el doble. Perc los contratantes son, en ese delicado punto, hartos discretos. Funciona, a través de la ventanilla, una contraseña: "Con hormonas, o sin hormonas". Parece críptico, pero significa lo siguiente: el uso de hormonas femeninas (que desenvuelve los senos) debilita la virilidad y enflaquece la potencia del andrógino. De ahí que los travestis, para mantener su presuntuosa pretensión de femineidad sin perder los rendidores encantos de la doblez, recurran a la peligrosa silicona, llevando la artificialización del deseo a un grado, ya no-humano, donde en nombre del goce se apuesta a la muerte.



Ataulfo Pérez Aznar